nada tendreis que darme; un veinticinco por ciento sobre cero no os arruinará.

—Y si me decidiese á hacerlo ¿tendria que esperar mucho tiempo para recibir el dinero?

—No creo que sea mucho, pero no puedo fijar un plazo.

—¿Y me podreis entre tanto adelantar alguna cosa?

—¡Ah! ¡ah! ¡Un anticipo!

—Sí.

—¿Es de absoluta nececidad?

—Lo es.

—Sois una persona á quien no hay medio de negar nada. Os haré un adelanto tan pronto como hayais firmado una obligacion; y como la cosa es muy eventual, creo que no me pedireis una cantidad de importancia.

—Dos mil francos—dijo Héctor algo asustado, porque le daba miedo una suma tan enorme.

—¡Hum! ¡hum! ¡Dos mil francos!

—Sí, dos mil francos.

El agente hizo como que reflexionaba y contestó.

—Me gusta terminar pronto los negocios, lo haré.

—¿Y me dareis el dinero en cuanto firme?

—En oro ó en billetes, como querais.

—¿Hoy mismo?

—En el momento.

—Redactad el acta, que voy á firmarla.

XXXV.

El señor Roch, antiguo abogado y uno de los directores de la agencia Roch y Fumel, se encontraba respecto de Héctor en la misma situacion en que pudiera estar un diestro jugador de *ecarté* que tuviera la seguridad de volver siempre el rey y tener triunfos bastantes para dar bola. Conócia perfectamente que Begourde no resistiria á la tentacion de un anticipo.

Se extendió por duplicado el contrato en papel timbrado.

—Ya estaba yo persuadido de que nos sería muy fácil ponernos de acuerdo—dijo el señor Roch con una pequeña sonrisa,—por lo tanto, y para no perder tiempo, tenia ya redactados los puntos principales, y os los voy á leer.

Pocas eran las cláusulas, pero eran muy claras y no dejaban ninguna duda que pudiera producir discucion en adelante.

—Ya veis lo muy fácil que es todo esto—

continuó el agente cuando concluyó la lectura, —solo falta que pongais al pié vuestra firma, diciendo antes que aprobais el acta anterior.

—¿Y su entrega?—contestó Begourde—¿donde está el dinero?

El señor Roch, que seguia sonriéndose, se acercó á su bufete de ébano, abrió un cajon y sacó dos rollos, rompiendo la envoltura y haciendo caer sobre la mesa cien luises completamente nuevos, que produjeron un ruido sonoro, acompañado de brillantes reflejos que afuscaban la vista.

—¡Qué sonido tan agradable tiene el oro!—murmuró el jóven,—es rubio como las mujeres del Ticiano y como la cerveza alemana.... Dadme la pluma si teneis la bondad.

—Aquí la teneis.

Héctor firmó en ambos papeles, y se metió en el bolsillo los cien luises con gran satisfaccion.

—¿Debo esperar vuestro aviso para volver?

—No es menester; venid pasado mañana á esta misma hora, y os diré todas las noticias que se relacionen con vuestra nueva fortuna.

—¿Teneis seguridad de saberlo tan pronto?

—Tan seguro estoy de ello, que ya las poseo.

—Entonces, ¿por qué no me las decís ahora mismo?

—Porque el acta no puede pasarse por el registro hasta mañana, y quiero asegurarme antes de revelar mi secreto, ó mejor dicho el vuestro.

—¿Desconfiais de mí?—exclamó Begourde.

—Desconfio de todo el mundo, y me vá muy bien así; hasta pasado mañana, y no me falteis.

Héctor no faltará; hubiera dado cualquier cosa por poder suprimir las horas que le faltaban para entrar en una nueva vida y ser dueño de una fortuna; porque, aunque ésta no pasase de veinte mil francos, esto para él era ser rico, al menos durante un año.

Begourde se dirigió hácia la salida del despacho, y el señor Roch, contra su costumbre, fué á acompañarle ceremoniosamente hasta la puerta.

En el recibimiento estaba únicamente el viejo copista y Estanislao Picolet, que le aguardaba.

Nuestro jóven, que, á pesar de sus muchas esperanzas, era un buen muchacho, le dió los buenos dias de una manera bastante agradable.

—Señor Begourde—le preguntó Sta-Pi,—¿estais contento?

—No me quejo—contestó Héctor.

—Ya habreis visto que no os engañaba.

—Me apresuro á haceros esta justicia, señor Sat-Pi.

—Perdonadme la indiscrecion, señor Begourde; ¿ha aflojado la mosca mi patron?

—Me ha dado algo á buena cuenta.

—Señor Begourde—continuó el empleado con tono humilde y tierna voz,—soy un hombre feliz por lo que os sucede, aunque me ha costado mucho trabajo el llegar á ello; no os podeis imaginar lo mucho que he tenido que correr para haceros llegar las cartas de la agencia y lo que me he cansado, ademas de los gastos que he tenido rompiendo zapatos, tomando cerveza y yendo en ómnibus desde el Arco de la Estrella hasta Courbevoie, en baño, alquiler de calzones y otras cosas. Ademas, os quiero decir en confianza que Roch y Fumel son los primeros roñosos del mundo, y que el total de mi paga se reduce á cero, sin darme la mas pequeña gratifiaacion.

—¡La explotacion del trabajo por el capital siempre!—murmuró Begourde, segun tenia por costumbre.

—Y aquí entre nosotros. debo deciros—continuó Sta-Pi,—que estoy ya cansado, pero muy cansado.

—¿A donde vais á parar?—dijo Héctor riendo,—concluid.

—Ya termino.

—Los artistas son generosos, tienen un corazon de oro; vos los sois, señor Begourde.... Tengo necesidad de veinte francos.

—Tomad—dijo el jóven sacando un luis del bolsillo y dejándole caer en la descarnada mano que le presentaba el agente, significándole su gratitud de una manera exagerada.

Aquella noche y el dia siguiente, hubo como era consiguiente, gran diversion; solo que en lugar de realizarse en la cerveceria, fué en un restaurant del boulevard Clichy. Próximamente á la una se retiraron los convidados, tan completamente alegres que no podian casi tenerse de pié, porque el Champagne habia sustituido á la cerveza; y como la magnificencia del anfitrion no reconocia límites, pagó media docena de coches para que cada uno se volviese á su domicilio.

A la mañana siguiente, á las once en punto, llegaba Héctor á la agencia de la rue Monmartre con la cabeza algo pesada con los vapores de la víspera.

La consigna estaba dada, y penetró en el despacho del señor Roch apenas se hubo presentado.

—Querido señor—le dijo éste con una benévola sonrisa, que tenia reservada especialmente para clientes distinguidos.—Querido señor, ¿teneis buena salud?

—Nunca he estado enfermo, y ademas estoy vacunado.

—Armaos de todo vuestro valor—continuó el socio de Fumel,—porque vais á necesitar toda vuestra energia.

Héctor cambió de color.

—Dios mio—murmuró,—¡qué! ¿teneis que darme alguna mala noticia? ¿Es acaso que no se realizan mis esperanzas? ¿Se convierte todo en humo?

El señor Roch le interrumpió con un gesto y dijo;

—Precisamente porque sucede todo lo contrario, es por lo que os he querido prevenir para que recibais una fuerte emocion.

—Entonces podeis decirlo sin ambages—dijo Héctor tranquilizado,—porque la alegria no hace daño.

—Voy, pues, á decirlo sin rodeos, segun habeis dicho con tanta elegancia. Con seguridad os habreis preguntado muchas veces en estos dos dias, querido señor, de donde os podia venir el dinero que yo os ofrecia; ¿no es verdad?

—Teneis razon, y todavia no la he encontrado.

—Vendrá de una herencia.....

—Imposible—respondió Héctor.

—¿Por qué imposible?

—Por que soy el último de los Begourde, soy único y no tengo familia.

—¿Pero es absolutamente necesario ser Begourde para pertenecer á vuestra familia?

—Entonces esto es para mí un enigma; dadme la solucion.

—Aquí la teneis: vuestra señora madre se llamaba Ursula Leber ántes de casarse.

—En efecto, era huérfana y pasaba muchos trabajos para mantenerse con su profesion de encajera; ¿como es posible que por esta parte me venga ninguna fortuna?

—Tenia un hermano.....

—Sí, un mal sujeto segun parece, que se marchó no se sabe donde, antes de que yo naciera, y del cual no hemos vuelto á saber mas.

—Efectivamente, ha muerto hace algunos meses, habiéndose antes enriquecido.

—¡Ah! ¡ah!—exclamó Begonrde, interesándose ya en esta revelacion, hasta el extremo de acercar la butaca maquinalmente á la del señor Roch.

—Vuestro tio se llamaba Juan Justin Leber, y tenia, en efecto, muy mala reputacion. A los diez y ocho años le hicieron comparecer ante un tribunal correccional por unos pecadillos de poca importancia, puesto que se trataba de unos botellazos que hubo en el ambigú de un baile; se marchó de Francia, refugiándose en

América, donde vegetó por largo tiempo para ganarse el pan cuotidiano con bastantes trabajos, hasta que encontró la suerte siendo ya viejo; se metió en una pequeña especulacion que dió buen resultado, y dedicó tres ó cuatro mil dollars á la compra de terrenos incultos en Pensylvania.

—Hubiera preferido los dollars—dijo Héctor.

—Esperad un poco; ¿habeis oído hablar de Peabody?

—Nunca.

—Pues bien, vuestro tio siguió su mismo camino. Bien fuera por instinto ó por casualidad, mandó hacer trabajos de escavacion y encontró pozos de petróleo, que son hoy todavia de los mas abundantes de América.

—¡Pozos de petróleo!—repitió Begourde—¡ya, ya! ¿y valen algo los pozos de petróleo?

—Y no poco: desde que vuestro tio hizo este descubrimiento, vivió ya como hombre rico.

—Sin pensar en su familia—interrumpió Héctor.

—Sí, sin pensar en su familia, afortunadamente para vos, puesto que se acordó próximo á morir, otorgando un testamento cuya cópia legalizada tengo el honor de presentaros, y por el cual lega todos sus bienes á su hermana Ursula Leber, si vive todavia, ó á sus hijos si los

tuviese, por haberse casado; añadiendo que, en el caso que Ursula hubiese muerto sin descendencia, hereden en su lugar los hospicios de Paris, su ciudad natal. Dejó por albacea testamentario á un *solicitor* de New-York, en quien tenia puesta su confianza, recomedándole que enviase al Banco de Francia las sumas que constituían parte de la sucesion, y vigilase la explotacion de los pozos por cuenta del heredero ó herederos. Pero como sois hijo único y representais los derechos de vuestra difunta madre, sois, sin ninguna duda, el único heredero de vuestro tio. ¿Se os ocurre alguna duda?

—Ninguna absolutamente—contestó Begourde,—¡virtuoso tio! ¡digno tio! ¡excelente tio! ¡No puedo resucitarle, pero le tendré eterna gratitud! ¿A cuanto asciende la suma de la herencia?

El señor Roch sacó del bolsillo y puso sobre el bufete un frasco de sales inglesas.

Despues, con voz solemne, pronunció estas palabras:

—En este momento en que os hablo, existe en el Banco de Francia la cantidad de ocho millones de francos, que ha sido depositada segun la voluntad de vuestro tio.

—¿Qué habeis dicho?—balbuceo Begourde.

—He dicho ocho millones de francos.

—¡Ay Dios mio! ¡un síncope!

—Os habia recomendado un poco de valor, querido señor.... Respirad esto con fuerza.

A oir pronunciar la enorme suma de ocho millones, Héctor se puso repentinamente encendido y palideció despues, haciendo inútiles esfuerzos para respirar; le temblaban los párpados y tenia la vista desvanecida y la cabeza caida; para terminar, diremos que se habia desmayado por completo.

El señor Roch se mostró lleno de celo.

Acercó á la nariz del jóven el frasco que habia preparado, y tirándole de los brazos, murmuró:

—Me lo figuraba, porque esto era inevitable, comprendo que semejante noticia dada de repente produce efecto, aunque este caballerito pretendia hace muy poco tiempo que la alegría no hacia daño. Gracias á Dios que ya vuelve en sí. ¿Estais mejor, querido señor?

Héctor movió la cabeza en señal de afirmativa.

—¡Qué diablo, tened valor!—continuó el agente,—ya sois rico y no hay ningun motivo para ponerse malo.

—Ha sido un momento de debilidad—balbuceó Héctor,—la sorpresa, la emocion... ¿pero de verdad no os habeis burlado de mí? ¿Es cierto lo que me habeis dicho?.....

—Os juro que es verdad, y os debo añadir que no sabeis todo.

—¡Como!—exclamó el heredero completamente reanimado,—¿hay mas todavia?

—Sí, ¿puedo continuar? ¿No os producirán mis palabras un segundo desmayo?

—Nó, no temais nada, ya estoy fuerte. Hablad corriendo.

—He hablado únicamente del dinero líquido que está depositado en el Banco, y no he dicho una palabra de la propiedad que teneis en los pozos de petróleo de Pensylvania.

—¿Y cuanto representan esos pozos?

—Un capital tan grande que solamente podria reemplazaros una compañía que me ocuparé en constituir si lo creyeseis conveniente. Las rentas anuales pasan de un millon, segun cuentas demostradas de una manera rigurosa, y pueden aumentarse en mucha cantidad porque los pozos están muy mal explotados.

Héctor experimentó una viva alegria, exclamando:

—Es decir que poseo un millon y cuatrocientas mil libras de renta á lo menos.

—Dispensadme, querido señor—dijo Roch sonriendo,—las rentas que poseeis, aunque son muy crecidas, llegan únicamente á un millon y cincuenta mil francos; porque, segun el contrato que habeis hecho con los señores Roch y

Fumel, á quien represento, tienen estos derechos á la cuarta parte del capital, y por consecuencia á trescientas cincuenta mil libras de renta.

—¡Ah!—dijo Begourde con algun sentimiento,—os felicito por veros rico.

—Acepto la enhorabuena—contestó el agente saludando con aire modesto.

—Pero entonces—dijo el jóven,—¿por qué sabiendo lo que sabíais, no me adelantásteis anteayer mas que la miserable cantidad de dos mil francos?

El señor Roch se frotó las manos.

—Para persuadiros—respondió—de que se trataba de un asunto insignificante; si hubiérais sabido lo contrario, no me habríais firmado la obligacion, y me habríais revuelto cielo y tierra para prescindir de nuestra intervencion.

—Os doy otra vez mi parabien; ¡sois ducho en estos asuntos!

—Seguramente que éste será el último—dijo el señor Roch,—á no ser que se presente uno que sea lo bastante bueno para hacernos caer en tentacion, aunque esto me parece un poco difícil. A los pescadores de caña les satisface una trucha; nosotros tenemos necesidad de un pescado mayor, y vos para nosotros habeis sido un salmon de primer órden.

XXXVI

¿De qué medios se habian valido los señores Roch y Fumel para realizar un negocio tan redondo, que de ricos que eran les hacia de repente archimillonarios?

De la manera mas sencilla del mundo y sin que para nada interviniese la casualidad. La agencia se ocupaba con preferente predileccion en buscar herederos á herencias sin sucecion, y esto habia sido orígen de bastantes productos.

Con media docena de empleados mal vestidos y peor alimentados, pero que en cambio tenian mucha necesidad, y se pasaban las tres cuartas partes de su vida en recorrer las alcaldías copiando actas de nacimiento y de defuncion y partidas de matrimonio. Lo demas de su tiempo lo empleaban en ordenar aquella profusion de notas en cuadernos que llevaban con este objeto.

La agencia por su parte sostenia una activa correspondencia con las provincias.